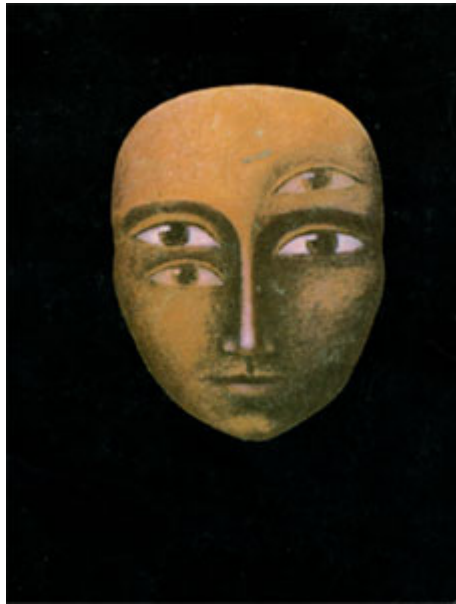


Rafael Gallardo

CUENTOS



Ediciones de la Revista Gen-T

Valencia - Venezuela - 1990

ISBN: 980 - 6034 - 84-8

Portada: "Jonás" - (Acrílico s/tela) de Rafael Gallardo

a Dafni

Mi agradecimiento a

Elis Mercado

Luís Enrique Vizcaya Néstor Rojas

DE COMO EL GENIO CASTIGO AL LIDER

A partir de aquella tarde El Líder no pasó revista al ejército, ni pronunció discursos, y al poco tiempo lo olvidaron.

El Genio asumió el poder, Genio que no era humano sino militar. La población entera fue testigo de su prodigiosa aparición: salió de una botella que El Líder llevaba siempre consigo, esgrimiéndola como un cetro. Nadie creyó que la botella representaba algo más que un detalle simbólico o etílico, porque la atención del país estaba centrada en el terrorista, culpable de las peores villanías: una vez se hizo pasar por escultor sorprendiendo al público con su obra, un pedestal que sostenía al cielo. Y mayor fue la sorpresa al retirar el pedestal. Contemplaron la noche sin comprender mediante cuál artificio permanecían los astros desafiando la gravedad. El terrorista levantó los ojos, y cuando todos creían ver un presagio, explotó en llanto.

Aún olvidando al terrorista muchas dificultades agobiaron a El Líder. No había un súbdito fiel, ni su mujer, ni su perro; atemorizado sostenía día y noche la botella. Una insólita circunstancia lo mantuvo en el poder: se agotó el último río porque el alquimista transmutó el agua en oro. Sometido a tortura confesó una fórmula que en realidad desconocía, una casualidad en un pajar. Ochocientas veces destilaron rocío siguiendo al pie de la letra sus indicaciones y obtuvieron güisqui. El pueblo bebió hasta embriagarse y el alquimista repitió la fórmula para llenar las copas del estribo, pero esa vez agregó una palabra que nunca pudo recordar.

El agua se convirtió en oro, el agua de lluvia.

Al amanecer el paisaje era dorado.

El Genio, entre tanto, amaestraba al ejército en un campo de batalla donde nunca se libraron combates, soldados. hartos de simulacros, sin hazañas

verdaderas a pesar de los muchos años en servicio. Debía mantener la moral en alto valiéndose de ideas inspiradas en cualquier charco: "Dispare contra el primer enemigo que no vea! ¡Desolle un árbol! ¡Hágase el muerto!" Cuando concluían gritaba: ¡"despierten, todo es un sueño!". Pero resultaba imposible mantener batallones tan numerosos durmiendo, necesitaba tácticas de vigilia para entretenerse, como no pestañar ni mover un músculo, ejercicios de pesadilla, probablemente la última batalla para muchos, desgastados bajo sus maníacas órdenes.

-¿Por qué lo hace?

-Porque sí.

-¿Crecerá su guerra?

-Eso espero.

-¿Eso?

-¡Eso, coño!

Cada aniversario El Líder le enviaba carros blindados cargando hígado de puerco con dedicatorias tan exageradas que parecerían ridículas a quien no experimentase la superioridad demagógica del Genio.

Estaba cerca de la tarde cuando mostraría su despiadado poder, pero esa noche no, porque asistiría a la boda más importante de la capital.

-Sr. Temple, no creo una palabra.

-Yo las creo todas.

El Sr. Temple:

-¡Combatiré esta noche con ese dragón, una copa en la diestra y en la otra el diez de bastos, porque él es el terrorista!

-Cualquiera puede ser el terrorista, -dijo el Genio y decidió espiar la boda de Drago; personaje que respiraba expulsando fuego, heredero de una cuantiosa fortuna; la recibiría el día de su boda, que por fin celebraba con la única descendiente del Sr. Temple. Este se opuso.

Apartando a los invitados irrumpió en la ceremonia vistiendo armadura medieval, la espada de San Jorge al cinto y el escudo templario con la cruz atravesando un dragón. Al verlo Drago resopló llamas de indignación quemando la sotana del Genio, disfrazado de sacerdote.

-¡A la carga!, -gritó el Sr. Temple enristrando una lanza imaginaria, pero aguda, que fue a clavarse en la opinión pública y Drago, desde entonces el banquero más poderoso, borró la figura del Genio en las monedas: estaba contra la pared.

Mientras el Genio gastaba así su tiempo, el Líder decomisó hasta la última gota y vendió las lluvias futuras almacenando montañas de oro a espaldas del Genio, confundiéndolo con una comedia:

LIDER: (Escrutando una bola de cristal)

¡Silencio! A esta hora se comunican los espíritus (enciende la esfera, que en realidad es un televisor. Cambia de canal disgustado con los programas). ¡Basta! (Destroza a martillazos el TV causando una explosión). ¡Vade retro!, ¡un atentado!, ¡un acto subversivo!

Entra un barrendero encorvado a limpiar el escenario, reproducción exacta de la casa de El Líder. No es político, pero seguramente actuaría mejor que él si tuviese una oportunidad. Cada noche piensa aparecer en escena, pero la función termina y no responden sus músculos débiles, ni la voz atina a salir. Aspira nerviosamente un cigarrillo y lo intenta en vano: ha caído el telón. Barre los aplausos ajenos con la esperanza de vencer su

miedo la semana siguiente. Ensayó su mejor rutina barriendo frente al espejo, inspirado en cualquier tragedia del periódico, y nuevamente enfrenta su momento: "¡ahora sí!", pero tampoco.

De esta forma transcurría una larga vida bajo su propio silencio.

Una noche encontró una moneda, la escamoteó en su mano mientras soñaba irrumpir en el momento culminante de la obra, ¡cara o sello!, ¡cara o sello! La moneda cayó al piso, rodó hacia una rendija, y por obra de la casualidad que es el destino, accionó un muro corredizo dejando al descubierto el incalculable tesoro de El Líder.

El rumor se esparció alimentando inquietud. El Líder lo negó todo argumentando que aquello había ocurrido en el teatro, no en su casa, una jugarreta más del terrorista, y mientras el Congreso discutía si en ruso es frecuente el uso de la "z", escondió el tesoro en una pocilga celosamente vedada.

El barrendero pudo cambiar el curso de la historia, aún tratándose de un hallazgo accidental. En este mundo dividido entre seres humanos y seres humanos, unos, agobiados por el cruel trato de los otros, inician revoluciones destinadas al fracaso. Cualquier circunstancia puede ser el detonador, pero esta solo significó infortunio para el pobre:

"Amanecen harapos en la calle.¿Cómo sentirme ajeno si estoy aquí? Duermo en el piso, como cientos, esperando un autobús que no llega: una pesadilla electoral, un pié olvidado de sí, o de no, agonía del desempleado, partiendo siempre. 'Yo voto por ese'. Demasiado cansancio. Los conductores trasnochados vocean el confuso destino de sus viajes como consignas, y otra vez, 'ese es mi candidato'. Al cuerpo desvelado no le importa la dureza del suelo ni la inmundicia, ni el pregón de los choferes, ni el candidato. Duermo. Son las siete. Lo sé porque un policía me despierta de un puntapié. Busco el autobús que se desvanece cuando lo tengo sobre mis párpados. Otra vez el policía me despierta, llegó el

autobús. Caigo dormido en el penúltimo asiento y sueño pendejadas hasta que un estremecimiento me despierta, una rueda ponchada. Horas después se fundirá el motor: ser pobre es el peor de los sueños."

Llovió.

En realidad llovizó agua: ¡se acabó el oro! Las manos se alzaron al cielo, unas para calmar la sed acumulada tantos meses, otras desesperadas porque la lluvia dejó de ser dorada, solo agua pertinaz sobre la multitud concluyendo un hechizo que los mantuvo deslumbrados.

Para agravar la situación, el cartero vino con un mensaje para El Líder:

"¡Poker!".

La suerte, decidida hacía meses, favoreció a un lejano país concluyendo una larguísima partida por correspondencia. Tenía que pagar, pero el Genio embrolló la economía con sus sospechas: Drago no le prestó un centavo.

Dispuesto a no usar su tesoro, planificó medidas dramáticas.

-LIDER: La ciudad ha sido un beneficio y un maleficio a la vez. Imagine la capital de un país petrolero donde la gasolina es baratísima.

-GENIO: Una ciudad filistea.

-LIDER: Supongamos que un grupo de motociclistas interrumpe el tránsito escandaloso de las 2 pm. en complicidad con la P.M

-GENIO: ¡Peor que Babilonia! ¡Una poblada! ¡Preparen, apunten...!

Así ocurrió.

y murieron miles:

El Sol terminaba su procesión de cuentos. Ojos huesudos se asomaron con sigilo en las ventanas mientras la turba corría tras la carroza del carnicero. En alegre desfile un perro cabalgaba una obra de Arte. Los curiosos tocaron animados su pelambre cuando orinaba un poste y desaparecía entre el gentío. Al final de la muchedumbre el payaso reía a lágrima suelta.

Sobre la risa de aquel payaso surgieron diversas y encontradas versiones hasta dividir la ciudad en dos bandos irreconciliables, organizadores de veladas boxísticas o literarias donde el payaso actuaría. El desacuerdo disolvió familias, estallaron enfrentamientos armados con policías y jueces en cada esquina. La marcha tomó forma de embudo y el payaso, sin detenerse, rió en el último lugar.

Sonaron las seis menos cinco porque así lo ordenó el jefe de una de las facciones, la llamada Importante, mientras en el bando contrario, los Meleros, degollar pollos dejó de ser una diversión convirtiéndose en su táctica predilecta. Lleno de clavos cayó el fakir confundido entre los pollos durante un ataque de los Meleros; su cabeza produjo un sonido de nuez, rodó unos metros y fue a dar a los pies del enano Triste cuando sonaron las seis y pasó el payaso con su blanca barba, riendo sobre las ruinas.

Y la guerra imaginaria que añoraba el Genio se convirtió en el ideal de un país devastado donde los habitantes apenas comían un pequeño almuerzo que la mayoría guardaba para tiempos de paz. Al mediodía las vírgenes de la ciudad descendían al campo de batalla con el colorido de una nuez y una cereza para cada combatiente, solidarias con su ardua vigilancia, mientras El Líder planificaba el alcance mundial de la poblada. El hospital tercermundista quedó repleto. Una mujer gritó implorando ayuda para su arma, que su mal era electrónico, que la próxima vez no olvidaría cambiar las baterías, doctor... El galeno la sacó del quirófano explicándole que lo suyo eran los humanos, ¿cómo repararía

un arma? Ocurrió centenares de veces: muchos creían que sus armas eran humanas, una enfermedad como el stress o el aburrimiento.

"Cuando comience la guerra viviremos en paz", era la consigna oficial y los soldados, todo el pueblo hambriento, esperaban impacientes el momento de rendirse, suponiendo a cualquier enemigo menos cruel que su miseria. Nadie sabía que El Líder había escondido el tesoro en lo más recóndito del bosque, pero el Genio, ingeniándose las, lo descubrió. Su colérica reacción atrajo a los guardias, que de otro modo nunca se acercarían a ese lugar prohibido y, ¡oh, maravilla!, ¡millones de cerdos por todas partes! En un país con tanta hambre, los gritos incrédulos de los soldados se unieron a los del Genio, y al escucharlos en el campo de batalla, se desato una desbandada hacia el bosque.

Esa noche la capital se encontraba a oscuras, pero animada, pues todos confundieron la estampida con el inicio del combate y la algarabía inundó los hogares. El Líder estaba confuso, sorprendido por enemigos que sabía inexistentes. Las mujeres corrían al campo de batalla arrastrando a sus hijos por las orejas "¡Es hora de rendirse!", gritaban; pero en el campo de batalla reinaba la calma, quizá más que nunca.

Por fin llegó la mañana de aquella tarde.

Una vez al tanto de lo ocurrido El Líder se dirigió a la multitud:

-¡Madres, hijos rebeldes...! Me apena deciros que aún no comienza la guerra y debéis esperar... Dicen que encontraron cerdos, pero yo digo...

Al instante la plaza quedó vacía.

Del bosque venía el jolgorio con olor a chicharrón y longanizas.

El Líder meditaba en la plaza su próximo discurso. Después de esto nadie creería en su carisma. Destapó una botella de ron y el Genio salió con la evaporación, policialmente furioso: fue el único en percatarse del tesoro.

-¡¡Tú eres el terrorista!!-, gritó el Genio haciendo estallar su insospechado poderío en todo el país.

-LIDER: ¡Perdóname, tuve que hacerlo!

-GENIO: Como castigo te convertiré en cerdo: ¡Ptssssssh!

Y lo abandonó en el bosque.

CLEOPATRA

El autobús se detuvo en un paraje imaginario.

Aún no resolvíamos el enigma de estar a bordo y ya debíamos afrontar otro arcano. Aquel paisaje respiraba tiernamente en los dedos de una mujer recostada a la ventana, la única pasajera. En el asiento del frente, yo, el único pasajero. Los demás eran eternos, personajes mitológicos, esculturas, lienzos, dioses y diosas viajando quién sabe a donde ni por qué, comentando trivialidades de hace dos o tres mil años para aliviar el tedio:

-CLEOPATRA: ¿Recuerdas aquella esclava?

-CENEO: ¡Bah! Te la vendí tan barata que a veces me arrepiento.

-CLEOPATRA: Se casó con un millonario, pero siempre te recuerda en sus cartas (desenrolla un papiro), dice que eras perverso y la hacías sufrir ...

-CENEO: y gozar...

En ese instante Otello, viejo y arrugado, comenzó a cantar, indiferente a los gestos del grupo de estribor, los más antiguos, que dormían en sus laureles.

El canto de Otello se escucharía en la distancia si el chofer no hubiese encendido el motor, orientando la nave a un acertijo de caminos.

CAJA

-Me eduqué en Grecia.

-¿Y?

El gendarme guardó el astrolabio. Sus cartas de navegación estaban en regla, pero algo en el rostro de aquel extraño le inspiraba desconfianza. Revisaron minuciosamente el equipaje, una gran caja de cartón vacía, cubierta con etiquetas "frágil": "¡cuidado!".

-¿De dónde viene?

-De aquí mismo.

-¿Dónde va?

-No sé...

Buscaron en los archivos policiales internacionales y todo en orden: se trataba de un extranjero desconocido.

-¿Por qué trae esa caja?

-Porque sí.

Los científicos examinaron la caja y encontraron polvo de los cinco continentes, pero ni rastro de alguna cosa ilegal.

-Puede irse.

El forastero entró en la caja, cerró la tapa y sacó por una rendija un manoseado papel donde se leía: "Envíeme a cualquier parte".

LABERINTO

El laberinto se encuentra en la curva retorcida de las imágenes, por debajo de la puerta donde puede haber o no, estar o no, pero nunca quedarse dentro de sí, jardinero del desierto en boca de seres contaminados e incontaminados, mitad y mitad, siempre inconforme, una paradoja en el espíritu de la persona animal, o animal persona, como guste, si el estrépito de los carros interpreta música de motor 8 en V, y uno pasa silbando, tranquilamente, a cosechar legumbres en plena avenida (Dios es tan bueno), y después dilapida el sueldo en cerveza (es tan sabrosa), sabiendo que el número ganador está cerca, su pata de caballo; piedra de molino mueve el molinero, cabrito dócil, arrastra la piedra simbolizando un nuevo "siempre" frente a un antiguo "siempre", cosas de la vida ocurriendo esperada o inesperadamente, igual si uno toma un trago y otro y otro hasta que olvida la cuenta y sale hecho leña a las cuatro de la mañana, manejando un coche que nunca ha tenido, pero es poeta y en la esquina el próximo bar le dice ¡salud!.

Te amo tanto, Cielo...

EL MURO

El barco a la deriva esperaba un abordaje imposible. Nadie navegaría, ni ha navegado allí, solo este barco, su tripulación cumpliendo calladamente tareas comunes. Los pasajeros reclaman el abordaje:

-¡Nos garantizaron que el tour incluía un abordaje!

-¡Abordaje! ¡Abordaje!...

Aunque se les explicase otra vez no comprenderían que el barco perdió la brújula y se extraviaron. Con nerviosismo ansiaban el abordaje apilados adentro, temiéndole a las formas de las nubes y el agua.

Así pasaron años y no ocurrió el abordaje. Del barco surgió un continente sin calles ni casas, solamente el barco apartado del mundo. Su colosal estructura albergaba funcionarios, mercados, bancos, revueltos entre camas y arreos domésticos; niños jugando con helicópteros artillados y trompos nucleares, mientras la parte superior permanecía desierta.

-Un hombre con una marca en la frente mueve el barco complicando las profecías.

Todo es posible:

Amparado en la soledad de la cubierta un animal se sorprende al verme, escudriña, previene sus garras, pero es manso, tiene miedo. En otra circunstancia lo cuidaría. Tiendo una alambrada desde aquel punto que no se ve a la izquierda, hasta ese otro que tampoco se ve a la derecha. Todo será mío. Lo cercaría con piedras si tuviese, pero lo único en el horizonte soy yo, y este animal asustado intentando esconderse en la nada. No tengo madera, ni alambre. Solo fe y astucia. Me preocupa el animal mirándome con aspecto salvaje y ferocidad casi humana. Lo dejo fuera de la cerca.

Continúo mi proyecto inútilmente: el animal quedó en mis predios.

Traspongo la cerca que aún no construyo, y de nuevo frente a mí el animal. Le ofrezco agua. No quiere. Comida tampoco. Entonces descubro que es hembra, preñada, y al otro lado está su pareja acechante. Apresuro la construcción imaginando alambres organizados a la velocidad del pensamiento. El animal intenta desgarrarlos, pero la rapidez de mi cerebro llega hasta el límite del barco: el mar dibuja una mujer haciéndose visible.

HONORES

En la entrada un sable simbolizando el respeto familiar por la patria extranjera donde se establecieron al finalizar la guerra.

-Estamos aquí para rendirle honores-, explicó el jefe civil. El rostro rubicundo del ama de llaves holandesa se contrajo: no entendía ni papa. Llamó a su amo quien salió con una escopeta, amenazante en su idioma nativo. El jefe civil, sin comprender la jerga, con actitud digna, dio lectura al acta según la cual el Cabildo resolvía entregarle las llaves de la ciudad. La banda tocó una estrofa del himno, a los curiosos les dieron caramelos, y concluyó el acto.

ESCOMBROS

Buscaron entre escombros toda la noche. En la casa de al lado vivió alguna vez el poeta Lezama Lima. Se cayó el edificio de tres pisos, comido por el tiempo; demasiada gente en la misma casa, una suerte, porque de otro modo les tocarían las vecindades marginales donde, para colmo, el partido no tiene ningún CDR: imposible salir del gueto.

Un día de esos se reúnen L, M y H en una esquina. H conduce una moto rusa. M entra al banco y L espera en la puerta. M sale atemorizado a los escasos usuarios con un AK4, cargando un inmenso botín. L le ayuda a transportarlo hasta la moto que H intenta encender en vano: todo está perdido, pero la moto arranca y logran escapar en una maroma circense. Al otro día no encontrarán en qué gastar un peso, porque no hay sino escombros de la guerra fría.

GRK

Comprobaba un amanecer desconocido a causa de la contaminación. Como cada 24 horas, trepó al vértice de Ciudad Satélite y traspasó el nubarrón levantando una cámara de TV. La señal llegaría mucho después, tiempo que tarda la electricidad en cubrir tal distancia; pero esta vez cambió de rutina: en las pantallas apareció Ella bailando sobre un mutante nona dimensional llamado Grk.

Grk creó esta bailarina muscular y erótica para hechizar billones de televidentes en Ciudad Satélite, desde entonces centro de su ilimitado poder, mientras en Tierra imponía un tirano a los del refugio subterráneo, en cuya gruta principal el Destacamento de Pintores custodia un grupo de lienzos en blanco, sobrevivientes a la guerra; soldados de incontables batallas, aunque ignorantes, honran aquellos colores invisibles, símbolo fundamental de Grk en un mundo reconstruido con escombros de la catástrofe, en el mismo sitio, pero a una profundidad donde la luz solar es un dato inútil.

Paredes sangrantes y aperos de tortura esbozan el terrible devenir: un ojo fue el precio del poder. Siguiendo antiguos ritos iniciáticos, el tirano clavó su ojo en la Espada Mágica, sorteando el riesgo de cumplir la ceremonia posterior: la Espada vaciaría todo ojo en esa catacumba de ciegos.

De cavernas a Ciudad Satélite, orbitando lejos de lo nuclear, aunque contaminada por naves partiendo hacia infinitas guerras.

Supongamos a Grk sin forma ni credo comiéndose a sí mismo; supongamos cualquier cosa, la superficie terrestre, si aún existe...

(1986)

MAQUINA

Caballos salvajes pasaron esa mañana junto a Julio Sanabria sin percibirlo: ¡era invisible! Para comprobar su éxito se coló en los baños de damas, durmió la siesta en bóvedas bancarias y asustó al presidente haciéndose pasar por la voz de su conciencia.

El descubrimiento de una máquina capaz de hacer invisible a cualquiera sería estruendoso, si estuviese en manos distintas a las de Julio, porque su carácter introvertido, solitario, ansiaba aislarse (y lo logró), dejando la máquina al resguardo de las sombras, en un socavón abandonado.

En tiempos de la colonia aquella mina produjo oro que nunca pudo aquilatarse a causa de la piratería y las guerras de la época, pero hoy sabemos con certeza que muchas naciones se enriquecieron con su abundancia. Y ahora contiene un tesoro superior: la máquina.

Como ocurre en toda excavación rudimentaria, allí perecieron muchos y sus cadáveres fueron amontonados a través del tiempo, cráneos, esqueletos, huesos, esperando su turno de ser polvo. Pero el destino suele jugar con las pisadas: el perro de Julio había seguido su rastro hasta la mina, y movido por el instinto, mordió feroz un fémur hasta hacerlo crujir desequilibrando el montón que se vino abajo. Una mano cadavérica cayó al azar poniendo su índice en el botón que activó la máquina. Se hicieron invisibles las primeras capas de la tierra, después el agua Y por fin, todo.

BABEL

1985

ZIGURAT

Los cimientos de aquella torre parecían imbatibles. Su pétreo cuerpo emergía de la Tierra escondiendo bajo la estucada piel oficinas y escaleras mecánicas, iluminada con luz propia; la noche dejó de ennegrecer cuando la gigantesca obra fracturó su misterio. Nadie encontraría final al subir la vista, y arañaría el aire si el ascensor estuviese descompuesto. Desde el último piso Lefar escuchaba el confuso ruido de las lenguas acabadas de nacer; caían por las ventanas papeles escritos con primitivos signos que los historiadores clasificaban para un fin inservible: contar el pasado mientras la torre trasciende el futuro con una edad distinta en cada piso, cubierta de petroglifos y figuras cavernarias.

La víspera celebraron su inauguración y Lefar asistió desde arriba: tardaría meses en el descenso. Este pensamiento se repetía como silenciosa escala musical en los incontables pisos superiores donde miles de hombres extenuados recién concluían la obra: por demora en subir el agua debieron humedecer el cemento con sudor. El Procónsul presidía la inauguración. Sonaron trompetas antiguas. Kloai, al pié de la torre, recorrió el telón:

-PROCONSUL: Os diré, habitantes de Babel, la única palabra razonable: ¡Silencio!

-KLOAI: ¡Ssst! (es la única en aplaudir, pues los bárbaros que rodean la torre no comprenden su extraño lenguaje).

-PROCONSUL: Hoy es un día interminable. Durará miles de años.

-KLOAI: ¡Tuve una visión!

-PROCONSUL: ¡Qué pendejada!

-KLOAI: Un mendigo tropezará con la torre y no la verá caer como castillo de naipes porque será un ciego.

-PROCONSUL: ¡Lapidadla!

ALGUIEN DESDE EL PUBLICO: No hay piedras. Todas se usaron en la torre.

-PROCONSUL: ¡Cananeo! (entra por el foro, que en realidad es la puerta de la torre, entonando un canto gregoriano. Se trata del último cananeo encadenado cuando Nimrod decidió construir la ciudad).

-CANANEO: (Cantando) ...gaaaáadr... aaáfadr... áafdra...

-PROCONSUL: El del público es abogado. Háblale de ecología y nuevos conceptos urbanísticos.

-CANANEO: Afr...

Horas después Lefar escucharía aquella corta intervención. En ese instante llegaba el almuerzo del día anterior, preparado meses atrás. ¡Siempre falla algo! La burocracia nunca entenderá tan magna obra, menos aún el esfuerzo de hombres famélicos y barbudos que durante siglos en construcción no han comido a tiempo, aunque hoy pasa como un hecho fugaz ante la aventura que iniciarán cuando descendan a la calle: las últimas generaciones nacieron dentro de la torre y se negaron a abandonarla, hogar suyo y de sus ancestros. Razonaron esto en un documento donde meses después el Procónsul leería un mensaje antiguo, incomprensible como los obreros que, al mismo tiempo, comenzarían a salir brutalmente embestidos por modernas armas cuya sola presencia los hizo desistir en su demanda, a pesar de un nuevo alegato del abogado. Matizaba su trémula voz con estridentes gestos, sobreactuaba. El público sonrió cuando el Procónsul ordenó un acto de magia para convertirlo en Esfinge, curioso ornato para una fachada.

Al llegar a la calle millones de obreros se unieron al festín que la ciudad rendía en su honor. El público preguntaba sobre la construcción, maravillándose ante las polvorientas y anticuadas respuestas. Un experto filólogo sumó algunas palabras. Los obreros aplaudieron su generosa participación originando un multitudinario eco en el público.

Kloai, conmovida, lloraba chorros de letras multicolores sobre el auditorio que reía sin sentir su propia risa, sino la del Procónsul al terminar de leer la demanda, olvidada ya para la mayoría de los obreros: pisaban copias del documento salpicadas con sangre de quienes se opusieron a las armas. Lefar fue el último en descender.

Cuando tocó por primera vez la Tierra en sus ojos pareció brillar otro Sol. Dió unos pasos y se incorporó a la nueva multitud.

NIMROD

Un tren con extraña apariencia se acerca a la multitud que espera el momento del descenso para alegrarse.

Pocos saben de este tren imposible que solo cubre rutas entre el pensamiento y un mar donde alguna vez funcionó el circo: en cada bocanada de vapor escapaban elefantes danzarines y trapeceistas ensayando maneras de morir.

Hay que desconfiar, sin embargo, de una travesía que podría resultar fatal; sucedió antes que estuviera la carpa. Quedaba ahí un campo donde se libró la guerra que todos ganaron y muchas bombas sin explotar quedaron en la vía. Los jefes de estación buscan en vano los bélicos restos porque, además del intrincado recorrido, tienen que enfrentar las artimañas de oportunistas ávidos de un descarrilamiento.

Hace miles de años aquel circo anunció la nueva división de su espectáculo: delante los menos crédulos, que en realidad son los más crédulos. Así lo proclamó Nimrod, pintor permanente del circo, en un decreto escrito sobre su piel, incongruente e intraducible.

Nimrod pintaba cualquier ciudad mientras los espectadores decidían si les agradaba el espectáculo. En caso contrario, cambiaba de ciudad. De esa manera pintó una playa y una carpa con luz anaranjada que anulaba la noche. Nimrod convirtió en costumbre aquella luz y los habitantes olvidaron hasta el color de la oscuridad: originó un día interminable cuyas horas se repetían obligando a la gente a repetirse. Algunos se repetían a sí mismos. Otros preferían sesiones colectivas de repetición, asediados por un tercer grupo anti repetitivo, con frases originales reproducidas en serie.

Eran tiempos remotos. Se veía al agua adoptar formas de peces y fieras. Nadie creyó entonces que Nimrod regresaría sin haberse ido, menos aún

que descendería una tarde del tren, a la cabeza del circo, repitiendo indefinidamente el silencio.

ALBIGENSE

"Mi sangre involuciona hacia el fuego. Escogí mal por creer que no creía..." Eso leía Lacím en la prensa, la historia del inquisidor y la albigena: mórbidos rechinarían sus dientes cuando ella ardiera en la hoguera prediciendo maldiciones y conjuros.

Cruzando la plaza venía una muerte. Se detuvo. Manaba rojas libaciones por su mandíbula de gárgola mientras la albigena hacía vibrar sus caderas como los dientes del inquisidor, convencido de una salvación para su alma si moría la infeliz; sin embargo temblaba ante la cercanía de aquellos labios descarnados sonriéndole en la plaza, avanzando lentamente, con velocidad de árbol (en eso cayó el telón. Los actores, embriagados de gases y aplausos, elegían el vestuario para otra escena: el telón sube al ritmo de unas luces increscendo. Un látigo suspendido en el aire sugiere un lento latigazo sobre la espalda desnuda de aquella albigena. Cada gesto presiente el dolor que nunca llega; aterrorizada gime cuando el látigo está a punto de lamer su piel: la luz se detiene. El látigo también).

Al otro lado de la ciudad el tren que ya conoces remontaba sinuosas pendientes.

Entre los pasajeros Lacím destacaba por ser idéntico a los otros. Tímidamente revolvía en sus ojos montones de ojos apareados hasta que sobrevino el sueño. Transcurridos algunos kilómetros abrió el periódico y gritó espantado: identificó su foto en la lista de muertos.

Despertó. El periódico, movido por el terso aire matinal, telegrafaba increíbles mensajes. Temeroso lo acercó. Buscó en la página adecuada. Los constantes giros parecían golpes. Sonrió tranquilizado al no encontrar su foto. Sólo entonces descubrió que el tren descarrilaba hacia un precipicio indescifrable.

Nuevamente subió el telón. La albigense destilaba exquisitos perfumes. El público aplaudió frenéticamente. Ella aceleró las contorsiones de sus párpados húmedos al ritmo de un creciente jadeo del público. Su piel oscurecía produciendo música. Un actor interrumpió la escena para encender la hoguera de utilería y algo de cada espectador pereció quemado. La albigense rió a carcajadas. Aquel espectáculo le parecía decadente. El director, molesto por la indecisión del inquisidor, ordenó una escena distinta: Lacím, arrodillado en el fondo del precipicio, pedía clemencia a un juez parcializado con la nueva moral. La orquesta dejó de tocar un único y triste acorde; la mano del juez, como guillotina, cayó sobre Lacím rebanándole verticalmente el rostro, una prueba de su fortaleza. Los abogados de ambos bandos vieron admirados al rostro muerto respirar un aire imposible, mientras la figura sin rostro clamaba ensangrentada.

Una hora después quemaría a la albigense. El inquisidor espiaba el movimiento impaciente del fuego mordiendo sombras. La escenografía, construida con paneles de agua, filtraba descoloridas luces, destellos plateados en la sudorosa piel, dueña de la escena siguiente:

(Un aguacero está por llegar. Las ventanas empiezan a cerrarse como naipes alrededor de ella, desnuda en el centro del escenario. Una densa nube en el aire se convierte en piedra de ámbar inmovilizando su cuerpo dentro de un cubo transparente). Suenan incontables y desafinadas bocinas. Sobre el cubo aparecen antiguos condenados a la hoguera, relapsos maldicientes. Irrumpe entonces un frío hereje terminando con el hechizo: la albigense, usando su poder, había escapado.

TRAMWAY

A las cuatro salía el tren con destino incierto. Los campesinos oteaban la humeante mole, dispersos a lo largo del recorrido, anunciando con el distorsionado silbato que la anterior no fue su última vez. Todos veían con sorpresa rostros viajeros en las ventanas mientras los pasajeros miraban el espectro grisáceo del paisaje donde los ojos rebotaban a causa de la velocidad. Kloai se imaginaba en un espejo: acariciaba la tersa piel de su imagen siguiendo con los dedos cada evasivo movimiento, hundía las uñas en el espejo provocándole incoloras hemorragias; distraídamente mudaba la estancia de un lado al otro del vidrio confundiendo su identidad. Sólo el dolor pudo confirmarle quién era, sobre un tiempo único hilvanado entre ella y su imagen a través de una dimensión intermedia: el tren se detenía en una aldea.

Cuando reiniciaba la marcha alguien intentó cruzar la vía bajo aplastantes bielas y pistones enmohecidos (este accidente se prolongaría en la memoria de unos pocos. Para el resto fue un capítulo sin importancia en su mitología personal, cambiante como ropa). Víctor miraba el riachuelo de sangre, sugerente alusión a su infancia, río con playas sombreadas donde solía nadar hasta que la tarde apagaba los ruidos impostándole una sensación desesperante: el inevitable regreso. ¿Secará este río antes que vuelva el tren? Quiso averiguar, pero el tren olvidaba a toda marcha.

La mañana transparente volaba en una región vegetal y húmeda. Víctor miraba con desgano por la ventana. De lejos se veía su cabeza como el iris de un gran ojo pegado junto con otros muchos al costado del tren, serpenteando entre árboles y peñas, cargado de aliento, pero sin vida. Víctor confundía aquel presente con su historia: pudo ser artista, si no hubiese descubierto con horror su propio vacío; no conoció a quienes decidieron su principio, seguramente tampoco a los autores del fin. Solo viajaba en tren, aburrido, harto de saludar anticipando despedidas.

El tren se estremeció ligeramente al adentrarse en las Nuevas Tierras, un reseco territorio habitado por especies en permanente evolución.

Sus cuerpos metamorfoseábanse frente a los pasajeros atónitos. El tren resbalaba cansado hacia la cúspide. Inesperadamente la montaña convirtió su forma de saurio en cegadora luz cuyo haz devolvió el tren a la dimensión intermedia: una nueva parada.

"Al principio parece el final, pero no lo es. Al final usted verá cómo es el principio". Víctor siguió escuchando: miraba volar de mano en mano anécdotas y mentiras conocidas, pero necesarias en un largo viaje a merced del riel, escrutando en cada silbido su metálica voluntad. Los pasajeros respiraban al unísono participando en una comedia:

-SIRVIENTA: Bienvenidos sean los caballeros -los espero en mi alcoba (risas grabadas).

-SEÑORA 1: ¡Me habéis impuesto la manceba falagia, degenerado. Metabolio cuernos! (Entra el mayordomo con un manojito de llaves que reparte entre los pasajeros).

-SEÑORA 2: Ecatrifa el espejo, querida, tu cinturón de castidad. ¡Ensarta la llave! (Risa orgiástica. Salen todos menos Alejo, un espectador confundido, solitario, actuando equivocadamente).

-ALEJO: En el principio fue el Verbo, pero este es el fin.

TELON (Aplausos grabados)

ARFAXAD

La nave parecía un árbol rompiendo el espacio. Arfaxad pudo ver un paisaje luminoso mientras se alejaba de la sombra celeste después de bogar durante cien generaciones. El aire atravesaba su piel transparente. De nuevo la ciudad sorprendía a los astros y seres aéreos, también al raído y antiguo viajero estelar acostumbrado a cualquier espacio que no fuera ese. Arrancó de su ojal la única flor que lo vestía al presenciar el misterioso Y profano rito dedicado al día que dividieron la Tierra: ¿Quién sabrá el motivo de aquel día llamado hoy?

El pasado es una caja invisible con demasiadas cartas donde se puede elegir cualquier juego para salvar la vida (pudiendo ganar la muerte nunca la juego). Unas cartas interesan: Gréfate, Opulos, Táger y Jhar. El resto forma un ejército de cartas comunes.

Gréfate ahuyenta la claridad con su brazo lleno de escudos. No es pájaro león ni hombre fugitivo, pero asustado va hacia la noche, porque Gréfate es la noche.

Opulos tiene estrellas en la boca. Descubre el velo celeste y conoce los gestos del viento; oleaje, canta misteriosamente y danza

Táger y Jhar son uno, suerte mala entre las peores. Convierte cualquier cosa en otra cosa, bosques en lejanas ruinas de una ciudad.

Jhar tensa una y otra vez el arco sostenido por Táger. Traspasa la quietud del aire con certeros gritos, tarea difícil pero no imposible tratándose de un cazador experimentado, pero la costumbre le impide el éxito. Inesperadamente Opulos yergue entre la hierba su piel metálica: la ansiada presa. Anillos de luz la circundan. Jhar enmudece. Táger tensa el nervio impaciente. Opulos inicia la danza mágica demasiado tarde: Jhar pronunció una letra ínfima. Táger, más decidido, golpeó con su arco la

Tierra y serpientes cristalinas la rodearon.

Grétafe dominaba escrutador.

.Opulos, aprovechando la claridad lunar, mostró con un gesto la hermosura de su cuerpo. Las serpientes mordieronse entre sí enfurecidas y Opulos continuó la danza hasta encantar al guerrero.

Endurecía el silencio nocturno. La hembra agrietó el color del aire elevando sus piernas brillantes, olorosa a sexo: el guerrero estaba condenado a vivir.

ZODIACO

En las palabras de aquella diosa podía entenderse una noche en vela tras el escrutinio de horas inalcanzables: apenas las seis y ya siento el cansancio de verte, Aurora, entregado a tu luz oscura. El rostro giraba proyectando una sombra incompleta: aún pendía su antigua cabeza apoyándose del techo contra la gravedad, "ese porte misterioso del cuerpo para ocultar los defectos del alma"¹: no tenía alma que ocultar y los visitantes chocaban con el cuerpo.

Sin embargo sus palabras permanecían claramente escritas en el pedestal: se trataba de una estatua que yo pintaba una y otra vez mientras multitudes frenéticas recibían a un peregrino venido con un mensaje sobre la ignorancia del temor al dolor que padece el pueblo, agotada su sensibilidad en construir altares engalanados con flores sintéticas bajo el Sol intenso hacia donde la diosa quisiera abrir los labios, susurrar, sentir que una voz acaricia su garganta de piedra rota, labrada a mano: el escultor miró la obra siempre inconclusa. Dejó resbalar su mano entre el pubis liso y fresco. Murmuraba borracho de amor mientras esculpía en su propio pecho el corazón de la estatua.

Sonaban las campanas más ocultas de la noche. Unos seres despiadados, invocando ángeles paganos, descolgaron la cabeza en un pavoroso rito.

El cuerpo fue a dar a un museo donde exhibían en frías vitrinas idiomas extintos y arcaísmos en desuso. Allí transcurría el tiempo sin sentido, en una pintura: sangra el cuerpo de la diosa oculto por cerros de antiguallas, enredado con un cielo en forma de espejo esférico donde el peregrino trata de hacer corresponder su imagen con un polo opuesto, una diversificación donde cada reflejo es otro yo: muchos peregrinos solos en el mismo lugar. Un malabarista los entretiene, construido su rostro con navajas de afeitar y cepillos dentales, uno entre tantos borrados al abrir los ojos.

¹ Laurence Stern

Abril

Nube

tras el peregrino encontrándose consigo mismo por infinita vez la calle
única y perros

Una estatua que nunca tuvo brazos, solamente manos imaginables.

FORENSE

El pergamino esperaba en el centro de la mesa. Intentaba leerlo, pero cerraron la ventana y quedó deslumbrado por montones de caras disueltas en la penumbra. Sonaban tonos incomprensibles, eran carros convirtiendo la verticalidad, hecho importante si al dueño del pergamino lo hubiesen arrollado; una conjetura que en nada ayuda a descifrar los minúsculos signos del pergamino en medio de una oscuridad parecida al temor a permanecer en ese recinto unas horas irrespirables. Inexplicablemente estaba en juego su felicidad, por eso se apresuró a descifrarlo: sólo tuvo conciencia de un prolongado escalofrío cuando el significado del pergamino quedó claro. Corrió hacia la puerta, pero había sido tapiada.

SUICIDA

Nunca un puente estuvo mejor diseñado. Eso dijeron quienes presenciaron su increíble construcción. Durante toda la noche el asombro colmó a esos hombres incrustadores de piedras a causa de un lamentable suceso: el capataz vio descender las piedras y el agua del río hacia la cara del suicida.

Los magníficos arcos se levantaban atestados de rubíes, ópalos, caliza y sílice, multitud de patas formando una sombra que llegará a todas partes:

-¿Qué ciudad es esta?

-Todavía es Babel.

Un líquido viscoso fue esparcido en toda la superficie anunciando el final de la obra, al tiempo que el capataz golpeaba el agua con la comisura de los labios.

PETROLEO

1986

FUEGO

Al cerrar la puerta se apagaron los mercurios del pequeño cielo petrolero. Todavía bailaba en sus ojos la flama cuando el juez Fuego comenzó a escuchar la confesión de aquel reo, mientras el jurado disfrutaba la última cena: con rostros vidriosos discutían entre mordidas el quimérico destino del reo quien unos minutos después bostezaría Y hablaría durante una larga noche, que luchó contra feroces ratas en las cañerías, que sus lomos inmundos rasparon el aire como años sobre el Abuelo: pendían de sus músculos disueltos hincando una y otra vez los dienteillos descarnándolo. "Todavía debe estar pronunciando una especie de quejido, borracho de sangre". Como era de esperarse, los del jurado vomitaron el estrado, indigestión generalizada que ponía el tiempo a favor del reo, presto a relatar cualquier historia interminable.

En la parte más oscura de su ser este juez era infeliz, atormentado por curiosos éxtasis: redoblan enloquecedores tambores de guerra. Hachas Y flechas cortan el verde indeciso de los cerros mientras él, comandando la derrota de su ejército, huye superando el paso de los caballos hasta que la batalla concluye en su cerebro: eran las cuatro de la mañana y, como cada amanecer, rompía a llorar después del penoso trance que sin tregua le acompañaría durante su vida.

Cuando estuvo completamente despierto el juez Fuego pronunció estas palabras, mientras encendía un habano de espejismos:

-Hubo un tiempo sin recuerdo, todos lo sabemos -las volutas dibujan un paisaje-, Entonces hablábamos de la paz o la guerra sin temor -del humo emergen casas, bosques y especies en extinción.

- Ahora es distinto; morimos de pronto con la esperanza de poder discernir entre la guerra y la paz, con temor a que nos guste el sabor a muerte -un par de bocanadas, como explosiones nucleares- porque la paz, demasiado dulce, empalaga acelerando nuestro catabolismo diabético- otra bocanada;

arden en el aire los espíritus de cada reo condenado en esa corte tornándose en pavoroso incendio a medida que el juez Fuego escupe llamas y maldiciones, poseído por aquellos manes. Poco más tarde llegarían los bomberos a inundar el juzgado, confundidos con los gritos del jurado: "¡Agua que se quema el Fuego!", El reo reía navegando en pesados libros repletos de expedientes sobre la corrupción que padece un pueblo con ley pero sin justicia. El juez Fuego, a punto de ahogarse, recriminaba al reo: "Eres tan culpable que navegas en la corrupción, ¿Por qué no te ahogas conmigo?"

-REO: ¡Me salvó tu ley!

-FUEGO: ¡Insensato! ¿Qué sería de ti o de tu mujer sin ley? (entra por el foro una mujer encinta, encadenada y con los ojos vendados. El jurado se estremece conmovido).

-REO: ¡¡No!!!... ¡¡Ella no!!!...

-MUJER: ¡Calla, bellaco! Soy la justicia. ¿Acaso no ves la balanza entre mis piernas?

-ALGUIEN: ¡Pobrecita!

-MUJER: ¡Sufro pero gozo! (El juez Fuego logra asirse a la balanza escapando a una muerte segura. La mujer profiere un grito desgarrador).

-FUEGO: ¡Aleluya, está naciendo El Salvador! (La mujer realiza dolorosos movimientos en el escenario tenuemente iluminado, grita históricamente y por fin, con un estallido de sangre, pare un mapa centroamericano. El jurado llora compartiendo su tragedia. Sólo el juez Fuego aplaude).

TAROT

Sílabas entrecortadas recorrían el aire infestado con humeantes residuos del último rito. Anoche la anciana oficiaba el sacrificio ungiendo el cuchillo en la sangre de un cordero sintético adornado con guirnaldas reseca; repetía una costumbre ancestral ridícula en esta era de computadoras y vuelos espaciales, quedando como detalle folclórico en las pocas mansiones que van quedando.

Hilillos de sangre rodeaban a la anciana ávida de una sensación distinta, pasados tantos años de silencio y soledad, espectando la muerte de cuantos la rodeaban con doloroso placer, echando las cartas durante cualquier ceremonia fúnebre: el uno salta copulando; con tres espadas el Mago sostiene al infinito presente; en la siguiente carta la Sacerdotisa lee un manual para comprender a los Beatles. Así de cansancio, así de aburrimiento insistía la vida en mantenerla de una pieza, a pesar de su recién cumplido centenario.

Sus ojillos reflejaban las vísceras del cordero. Con melodías primitivas y alaridos transcurría la pagana liturgia intentando adivinar su futuro hasta el amanecer. Pero este día acontecería diferente: en las vísceras del cordero apareció un poema con la firma inequívoca del reo:

"Falta un lamento para que amanezca, el último, sin final
 Si pudiera
 contaría una estrella espejo roto
 al no ver
 una mañana
 liberando la carne
 Mi corazón naufraga en dolor casi siempre
 o casi nunca
 Delira presagios
 ojos
 memoria".

MALKUT

"Luna se arrastraría por el cielo hasta amanecer, ¿cómo no seguirla? Mi historia necesitaba aquella noche de una aventura, padeciendo el cotidiano olor a petróleo en el aire. Silencio importante: así sabemos si callar por temor o complicidad; el paisaje era una cabeza de ganado colgando en el aire, edificio insoportable, señor Humo, soy mártir de un siglo con luz propia y fango en los ojos... "

El juez Fuego rió con sorna. Era mejor prohibirle hablar durante el resto de la audiencia, pero la curiosidad mantenía su expectativa.

Sonaron las campanas en la catedral y una bandada cenicienta de palomas pintó el amanecer. El reo continuó:

"Cabizbajo me convertía en reflejo de los charcos. La noche dormía iluminada por un farol. Seguramente también yo dormía, o despertaba mirándome, diciendo lo mismo y haciendo lo mismo, ¡qué ironía!, sintiendo en mi conciencia un chorro de petróleo tan abundante que ennegreció las calles sin asfaltar..." El juez Fuego interrumpió sorprendido: ¡aquella confesión salía de su propia boca! Entonces comprendió que había pasado la noche juzgándose a sí mismo.

HERALDO

Desde hace diez años, cuando comenzó la guerra, éste heraldo espera una señal que a su vez comunicará con un silbido y seguirá repitiéndose no importando lo agreste del territorio ni la distancia. Aunque pasarán otros diez años, él seguirá esperando una noticia cuyo significado desconoce, sometido a una férrea disciplina: a primera hora de la mañana el heraldo ensaya silbidos sin proferir sonido, pues éste pondría en alerta al siguiente heraldo, presto a escucharle día y noche. Cada año, durante la fiesta de Pascua, los heraldos se reúnen para competir por un trofeo que merecerá quien logre el mejor y más pronunciado silbido silencioso, convirtiendo el deber en placer. Durante esos días se abandona la vigilancia: camuflados con máscaras y disfraces, nuestros enemigos infiltran la fiesta, deseosos como nosotros de divertirse. Por supuesto todos los reconocemos, incluso el Rey, y aprovechamos la ocasión para realizar en paz secretos tratados de guerra.

Pero no todo es diversión: la personalidad de los heraldos se ve al cabo de un tiempo deteriorada a causa de la soledad y constante vigilia, mal sueño del cual despertaríamos cualquier mañana: ¡había llegado la noticia! El silbido parecía tan real que nadie hizo caso a su indescifrable recorrido, intrigados por la rumorosa imaginación de esa hilera de seniles heraldos detenidos en un tiempo distante, artesanal simbolismo de otra época: nadie recordaba cuál guerra habíamos ganado.

PERFORACION

Depende la profundidad que se mire, el colorido cambia a verde, marrón y negro. Si descendes más verás al diablo enterrando su excremento y una ígnea fauna especulando sobre la involución a partir del hidrocarburo, seres que no creerían la existencia de vida en la corteza terrestre: con sepultado lenguaje explicarían incrédulas versiones de la barrena perforando la cotidiana quietud. Igual sucedería arriba si un día ocurriese lo contrario.

-¡Dejen pasar al Profesor!, gritaba el Presidente al gentío.

-PROFESOR: Es muy raro este excremento.

-PRESIDENTE: ¿El del volcán?

-PROFESOR: El de la gente.

-PRESIDENTE: (Oteando a gran distancia) ¡No veo nada!

-PROFESOR: Está mirando un cuadro. Abra la ventana.

Ante sus ojos bramó el volcán haciendo erupciones. Nadie sabía la hora, ni dónde iría el río de excremento ardiente arrasando todo lo vivo, todo lo muerto. Brillo opacamente bajo el cielo hasta que cerró la ventana. El Profesor, entre tanto, realizaba operaciones algebraicas raspando con su dedo el aire: ¡No hay peligro! Ciegamente creyó el líder internándose en la hirviente masa.

LIVIANO

¡Espere! Aquí deberían aparecer cuatrocientas páginas donde pude escribir una disertación tecnológica, pero no lo hice por respeto a usted. Así hablaba frente al espejo, intranquilo a causa del examen que presentaría la mañana siguiente, cuando abrieran los periódicos con la noticia de una incontenible caída del petróleo, sin alarmar a nadie: ahí seguirían las torres.

El examen fue de la siguiente manera:

-1.- ¿Qué es la tierra?

-R: Un planeta con luz propia.

-2 y sucesivas: cualquier cosa.

La respuesta ocasionó catedráticas discusiones, pero no importaba: la caída casi llegaba al peor de los límites sin que percibiésemos el negro destino. Tras súbito silencio un estruendoso ¡plash! de petróleo nos aplastó.

INDICE

CUENTOS (1990)

De cómo el Genio castigó al Líder	3
Cleopatra	11
Caja	12
Laberinto	13
El Muro	14
Honores	16
Escombros	17
Grk	18
Máquina	19

BABEL (1985)

Zigurat	21
Nimrod	24
Albigense	26
Tramway	28
Arfaxad	30
Zodiaco	32
Forense	34
Suicida	35

PETROLEO (1986)

Fuego	37
Tarot	39
Malkut	40
Heraldo	41
Perforación	42
Liviano	43

ALFA Impresores C.A.

Gen-T
Revista de Arte

Edición 5.000 ejemplares



UNIVERSIDAD DE CARABOBO
Valencia - Venezuela - 1990